

terosas representan el trabajo; las clases ricas están representadas en el capital. Ved si la cuestion del capital y del trabajo, es simplemente una cuestion de números, ó una cuestion de cálculos! Ved si el conflicto entre el capital y el trabajo no es el problema más importante que se puede presentar á nuestra consideracion en el vastísimo campo de la doctrina social. Considerad si un solo paso, que dé la razon humana en la solucion satisfactoria de éste problema, no puede contribuir á la paz del mundo, y á conjurar los horrores del cataclismo sombrío, que se cierne sobre la frente despavorida de la situacion presente.

Consideradlo; y disculpadme, Señores, si por tanto tiempo y con tan pesados preámbulos, os he detenido en los umbrales y avenidas de esta cuestion, ántes de decidirme á penetrar con vosotros en los recónditos caminos de ese laberinto, donde ruge más de un Minotauro, donde se devora más de una víctima diaria, donde el Teseo que derribe al mónstruo, debe ser conducido tambien por una Ariadna divina.

## LECCION DÉCIMATERCERA.

CONTINÚA LA CUESTION SOBRE LA LIBERTAD DEL  
CAPITAL, Y DE LA PROPIEDAD.  
SI SE PUEDEN LIMITAR LOS CONSUMOS POR PARTE DE  
LA AUTORIDAD SOCIAL.

### I.

Sucede, Señores, con las cuestiones filosóficas, políticas ó morales, cuando aparecen á primera vista en el conjunto de sus relaciones, y en su enlace con el destino de los hombres, lo que acontece en los viajes, al aspecto de las ciudades, que se presentan en magnífica perspectiva, ó edificadas en una situacion privilegiada y pintoresca.

Todos los que hayan navegado algunos mares, y recorrido algunas tierras, os hablarán de la encantadora sorpresa, que se experimenta al contemplar á Nápoles desde la bahía; á Constantinopla, desde el Cuerno de oro; y sin salir de nuestra pintoresca España, todos vosotros habéis visto á Cádiz desde el mar, á Sevilla desde el río, á Valencia desde el Miquelete, á la incomparable Granada desde los caminos de la vega. Hermosa es y encantadora esa vista; indeleble aquella impresion; ameno ó encantador, imponente ó risueño aquel conjunto; mágica aquella vision, y embalsamada aquella atmósfera.

Pero si desembarcais de vuestro navío, ó echais pié á

tierra de vuestro carruaje, y queréis penetrar en lo interior de aquellas magníficas ciudades, Constantinopla os mostrará sus infectos callejones y sus enjambres de perros; Nápoles ostentará sus desnudos lazzaronis; Granada sus barrios moriscos arruinados; Cádiz su árida y triste monotonía; Valencia y Sevilla el laberinto de sus tortuosas calles, y el mosaico de sus informes edificios.

Así nos sucede á nosotros, Señores, en la cuestión, que es objeto actual de nuestras reflexiones. Os presenté delante de una población magnífica, grandiosa, pintoresca: quisimos reconocerla y examinarla; y la magnificencia y pompa de la perspectiva ha desaparecido de nuestros ojos. Vamos por sus calles tortuosas, por sus oscuros pasadizos, por entre las ruinas de las viejas moradas, por entre los cimientos, empalizadas y andamios de las construcciones en proyecto; á veces entre el polvo, á veces sobre el fango, á veces sobre el cascajo pedregoso.

Os pido perdon, Señores, de ésta decepcion, que no es un engaño. Es el destino de los viajeros curiosos, de todos los exploradores y visitantes no del todo superficiales. He procurado á veces amenizar los contornos de los lugares que habíamos de recorrer, y aun algunos han podido creer que he sacrificado á esta consideracion la gravedad y mesura de estilo, la sobriedad de colorido que estas materias reclamaban. — Hoy tal vez podéis ya culparme del defecto contrario; que toda amenidad y halago ha desaparecido del tortuoso dédalo por donde vamos hace dos noches penetrando.

Sin embargo, Señores, ya que no puedo ser ameno y entretenido, no me queda en el punto á que hemos llegado, otro recurso que ser breve. No pudiendo dar color á mis idéas, ni cuerpo á mis doctrinas, las reduciré, las

condensaré. No pudiendo hacer un cuadro, habré de hacer un mapa en diminuta escala. Os he dicho que al examinar una cuestión que se presentó en nuestro camino en proporciones de grandiosa perspectiva, os traía ahora por sus tortuosas encrucijadas. Pues bien, Señores; las recorrerémos al galope; que al fin y al cabo vamos de corrida, y no es ésta cuestión sinó un punto de tránsito; no el término final de nuestra excursion, ni el puerto de arribo de nuestro viaje.

De galope y de corrida, es larga con todo eso nuestra digresion, y dilatado nuestro camino. La solucion del problema del trabajo nos condujo natural,—y como hemos dicho, fisiológicamente,—á la cuestión del capital y de la propiedad, considerada como elemento de reproduccion. Y si para entrar en ella, tanto nos hemos detenido y mirado; y si entrados en ella, tanto nos detendrémos aún, á pesar de la aridez que no os disimulo, y de la celeridad que me propongo y os anuncio, no culpéis de ello al extravío de mi lógica, ni á la confusion de mi doctrina, ni al olvido de mi natural propósito. Culpad, si queréis, á la importancia y transcendencia de una cuestión, cuyos datos es menester conocer suficientemente para otras muchas cuestiones, cuyas consecuencias se ligan y entretienen naturalmente con todos los demás objetos de estas consideraciones, y cuyo resultado y representacion en la sociedad son demasíadamente esenciales y prácticos, para que de su exacto conocimiento no se deduzcan proposiciones fundamentales para el asunto principal de nuestras meditaciones y estudios.

—«¿Tan importante es,—me diréis acaso extrañados,—la cuestión de la libertad del capital, despues de conocida su formacion; despues de bien ó mal determinada su

naturaleza? ¡Tan importante es la libertad del capital, una vez consignada su necesidad, y que, como los socialistas no quereis aniquilarle ni destruirle? ¡Tan importante es esa cuestion de interés práctico, de proporciones matemáticas y positivas, de política material, para vos, que lo subordinais todo á consideraciones morales, y colocais el álgebra de las ideas sobre la falaz dialéctica de los números?»

—Sí, Señores; tan transcendental la considero, cabalmente por esas mismas razones; tan importante, y tan vital, y tan transcendente. Y procuraré daros á entender antes de nada, — porque esta satisfaccion os debo, — las razones más óbvias, ó más capitales de esta transcendencia, de esta importancia.

La cuestion de la libertad del capital, la cuestion de la limitacion de su empléo por la sociedad, ó de su disponibilidad omnimoda por el individuo, es importante, es transcendental, porque resume históricamente en sí la explicacion de cómo se forma y conserva, aumenta ó declina aquel patrimonio colectivo, aquel fondo y elemento primero de la subsistencia de un pueblo, aquella materia y base del primitivo trabajo de la sociedad, cuya necesidad es primero que todas las demás necesidades en el establecimiento de los pueblos, y cuya direccion *siempre* ha correspondido, por instinto y por ley, á la sociedad misma; y á nadie más puede corresponder nunca, que á los poderes que la representan.

La cuestion de la existencia y libertad del capital es importante económicamente, porque despues de ser el elemento y la condicion necesaria de todo trabajo público, y de toda produccion individual, significa y encierra el final objeto y ulterior destino de toda riqueza aparta-

da del consumo, de toda produccion convertida en riqueza privada.

La cuestion de la existencia y condiciones del capital es transcendental é importante filosóficamente, porque capital, Señores, — como ya otra noche lo he indicado de paso — capital significa y representa, no sólo todo el progreso y desarrollo de la humanidad, sinó los adelantos intelectuales de su razon y de su espíritu; sinó todos los medios que vá conquistando el hombre, de emplear sus fuerzas sobre la naturaleza que le rodéa, y de multiplicar su poder sobre el mundo al cual domina y avasalla. Capital comprende toda la suma de descubrimientos, de invenciones, de métodos, de máquinas, de construcciones, de caminos, de edificios y ciudades, de monumentos artísticos y de obras literarias, de adelantos científicos y adquisiciones materiales, de empresas concluidas, de leyes é instituciones perfeccionadas, de todo aquello, en fin, que una generacion deja á la generacion que le sigue; que un siglo transmite al siglo que le succede; que una civilizacion entrega á la civilizacion que la reemplaza.

Capital es la civilizacion misma, considerada en sus fenómenos exteriores y permanentes: producto del hombre, como es el universo material la obra de Dios, que podría llamarse su capital tambien, si para la omnipotencia la creacion fuera trabajo, y si no pudiera sacar de la nada millares de mundos.

Delante de Dios no hay trabajo ni consumo; no hay principio ni progreso; pero bajo el punto de vista de la existencia y de la condicion humana, todas las creaciones y adelantos de su fuerza, en el capital se representan. Por eso es sólo del hombre, porque sólo del hombre es la razon, y sólo de la razon el progreso.

Los animales, aun aquellos que trabajan, aun aquellos que se asocian y producen, no elaboran capital; no le necesitan: su necesidad no va más allá del instinto. Las abejas, los castores, las hormigas no adelantan un paso de un siglo á otro siglo; no se dejarán nada unos á otros enjambres. Sus obras y sus productos han alcanzado desde el principio la perfeccion, porque no son el resultado de su propia inteligencia. La abeja hace sus alvéolos, y el castor su choza, como el marisco hace su concha, como el germen de un animal desarrolla su feto, como el corazon hace sangre, como el seno de la hembra madre segrega leche para sus hijos. Es un trabajo de la Providencia y de la naturaleza, que allí se detiene donde la necesidad, prevista por ella misma, está satisfecha. No hay capital, porque no hay necesidad de ahorro; no hay sobrante, porque en lo que Dios directamente provee, hay siempre lo suficiente.

Peño el albedrío humano es más mísero y más flaco; por eso necesitó la prevision: su trabajo podía ser insuficiente, por eso necesitó la acumulacion y el ahorro; su inteligencia es imperfecta y escasa, por eso fué creada progresiva y perfectible. Por eso el capital es el resultado y el resúmen de la inteligencia del hombre, y al mismo tiempo la prueba de su flaqueza. Por eso es la demostracion de su necesidad, de su insuficiencia, y al mismo tiempo el sello de su perfectibilidad y de la incalculable é indefinida extension de sus medios y de sus facultades.

Sí, Señores. Yo no he podido comprender jamás la doctrina de aquellos que, — en nombre de no sé qué clase de progreso, — combaten el capital como una calamidad ó una quimera, reclamando para el trabajo toda la fecun-

didad y todas las excelencias. Yo he hecho aquí mismo, y con toda la sinceridad de mi alma, la apología moral y filosófica del trabajo; pero debo al mismo tiempo reconocer y proclamar que el trabajo, que puede explicar la existencia de un hombre, de ninguna manera explica ni justifica la existencia de la humanidad.

El trabajo absoluto y aislado tiene, como el instinto, límites conocidos, límites fijados por la edad y por la fuerza del hombre; el consumo animal tiene tambien una limitacion trazada por las necesidades humanas. Pero el capital no tiene límites; su crecimiento y progresion es indefinida; el producto á que puede dar origen, tan incalculable como los adelantos de la inteligencia humana. El trabajo sólo es igual siempre: con el trabajo sólo, la sociedad del siglo más adelantado, sería igual á la de una época más bárbara; el trabajo es acaso mayor en las épocas más atrasadas; y sin otro elemento que el trabajo sobre la naturaleza bruta, la humanidad sería siempre idéntica á sí misma, como las otras especies animadas y no progresivas.

Á los que, — como Prudhom, — niegan el poder del capital, y tratan de metáfora la virtud reproductiva ó fecundante de la riqueza, que un individuo entrega á otro, ó una generacion á la siguiente, exigidles, para que sean consecuentes, que supriman los idiomas con que nos entendemos, los números con que contamos, la manera de alimentarnos, vestirnos y alojarnos, que hemos aprendido de las otras edades; las casas y ciudades en que vivimos; los campos y la manera admirable con que los cultivamos; la industria y las artes ingeniosas con que la ejercemos. Exigidles que á cada dia y en cada año empiece el hombre su taréa con sólo el empléo de su trabajo ins-

tintivo y de su flaca fuerza, sobre la resistencia de una naturaleza virgen, salvaje y rebelde.

No tardaría, Señores, en desvanecerse la declamacion sofisticada, y la preocupacion vulgar, fundada en la significacion limitada de un nombre. No podrían tardar en reconocer y confesar, que eso que apellidaban capital-quimera, capital-iniquidad, capital-monopolio y capital-servidumbre, es la sociedad y la humanidad misma, representadas en sus obras, y en sus atributos; es toda la sociedad-inteligencia, es toda la sociedad-progreso, toda la sociedad-riqueza y toda la sociedad-justicia, toda la sociedad-utilidad y toda la sociedad-belleza; en fin, toda la sociedad-libertad y toda la sociedad-trabajo fecundo. Porque la existencia del capital es la que hace posible la reunion y coexistencia de éstas condiciones.

Y ved tambien porqué la cuestion del capital es tambien importante bajo el aspecto moral. La formacion del capital es en su origen, ó el fruto de una virtud privada, ó el de una virtud social. Su fecundacion y su empléo es la primera fuente de las relaciones sociales entre los individuos de un mismo pueblo. El empléo del capital ó necesita de la concurrencia y convenio de otros hombres, ó necesita su servidumbre. El empléo del capital ó determina el reinado de la justicia y de la libertad, ó funda la jerarquía de las castas opresoras y de las explotadas.

El trabajo aislado individual no pasa del círculo de la personalidad humana. La asociacion primitiva del trabajo para crear los primeros capitales, y la primera subsistencia, sinó viniera de Dios, como vienen la sociedad y las lenguas, no hubiera sido más que un contunismo bárbaro, mísero y precario. La asociacion que hoy conocemos; la seguridad de la vida individual en medio de la asistencia

pública; el aprovechamiento individual de los medios sociales; la suficiencia del trabajo y la propiedad de la produccion; la civilizacion, en fin, como hoy la conocemos, se funda en la concurrencia del trabajo hácia el capital, ó en la solicitud del capitalista por el trabajador. Todas las estipulaciones de los contratos, todas las obligaciones que constituyen la vida social, y que consagra la ley civil, toda distincion de personas y jerarquías, y toda variedad de condiciones y de fortunas, reconocen por fundamento y por origen las varias funciones que se distribuyen, y los productos que se reparten los poseedores del capital, y los dueños de fuerza y de trabajo; los trabajadores y los capitalistas.

Por último, Señores, ya podeis conocerlo y adivinarlo. La cuestion y las condiciones del capital, al trasladarnos de la esfera del trabajo del individuo á la region de la vida y del concurso social, no sólo nos conducen al estudio de otro órden de fenómenos, sinó que nos hacen reconocer la necesidad de otros principios. Examinando las leyes y condiciones del trabajo, en que se resume toda la existencia y actividad del individuo, hemos proclamado la ley de la libertad, que es la condicion metafísica de su inteligencia, la condicion moral de su responsabilidad y de su conciencia, y la condicion física de su desarrollo y de su progreso. Pero desde que se llega á aquellos hechos y fenómenos, en que intervienen la inteligencia, la razon, la conveniencia y el poder social, claro está que el principio de la libertad es insuficiente, cualquiera que sea la accion que se atribuya, la forma que se dé, el límite que se designe á la extension del poder.

La teoría más individualista, Señores, la que más influencia y más importancia dé á los intereses y senti-

mientos privados en la ordenacion general de la existencia pública, estará muy distante de llamar libertad al ejercicio mismo, á la misma accion é influencia de la fuerza, de la inteligencia de la actividad colectiva.

La vida y las funciones de la sociedad tienen otro principio, tienen otro móvil; y á este móvil y principio, que preside, domina y regula la vida social, los hombres y los siglos le han dado otro nombre. Unas veces opuesto al de libertad; otras veces conciliado con ella, nunca, sin confusion absoluta de las palabras, ni espantosa anarquía de las cosas, pudo ser con la libertad confundido.

Más ó menos influido por el interés de todos, ó por el provecho de una clase; más ó menos personificado en un hombre, ó compartido entre muchos, el principio constitutivo y orgánico del poder social, no varía por estos accidentes, ni de esencia, ni de naturaleza. Unas veces con el nombre de ley, otras con el nombre de Dios, ya invocando la salud del pueblo, ya revistiéndose la sagrada diadema del derecho divino; unas veces con el nombre de Imperio, tomado de su forma; otras, con el de República, tomado de su objeto; nosotros le conocemos hoy día, en su abstraccion más general, con el nombre y las condiciones de principio de autoridad.

El principio de autoridad es el principio de la vida colectiva, como la libertad el de la existencia individual. La autoridad y la libertad, Señores, no son la lucha y el antagonismo: son el complemento y la perfeccion de dos existencias; son los dos movimientos, que dirigen en su órbita el planeta de la sociedad humana. La libertad del individuo no es la perversidad, no es el crimen, no es la anarquía; pero puede llegar á serlo. La autoridad no es la tiranía, no es la opresion, no es la servidumbre; pero

con frecuencia lo ha sido. Mas no por eso dejará de ser cierto, que donde quiera que no exista libertad, no hay ciudadanos; que donde quiera que la autoridad desaparezca, no hay sociedad. Todo lo que tenga su principio en la iniciativa del interés, ó de la inteligencia, de la conciencia del hombre, ó de la libertad nace, y sólo en la atmósfera de la libertad se alimenta y respira. Todo lo que sale de la esfera de la accion individual, para entrar en la órbita y en la atmósfera de la existencia pública, con la accion de la autoridad se encuentra, y bajo la presion y ley de la autoridad es menester que viva y funcione.

Ahora bien, Señores: en la cuestion presente, la condicion del trabajo fué la condicion del individuo, y no salimos en ella de la esfera de su libertad. El capital, que tiene su razon de ser y su condicion de aumentarse en el interés de la sociedad, nos señala la frontera en que se tocan el campo de la libertad y la region de la autoridad. En la cuestion del trabajo, no habiamos salido de la metafísica y de la moral: las condiciones del capital nos conducen á la política.

## II.

Señores: de las consideraciones que acabamos de exponer, no sólo se deduce la importancia y transcendencia de la cuestion que nos ocupa, sino que parece que se desprende ya el primer rayo de luz, para alumbrar algunas de esas complicaciones y conflictos, que en tan tenebrosa oscuridad nos parecían al principio sumergidas. De su meditacion y estudio podemos deducir fácilmente cómo el capital puede someterse al imperio de la ley política,

á los reglamentos de la potestad gubernativa, á las prescripciones de la ley civil, y hasta á los preceptos de la doctrina religiosa, con que se identifica la moral colectiva. Tambien vemos cómo todas estas leyes, que no son otra cosa que las varias y multiformes manifestaciones del principio de autoridad, pueden establecer derechos y crear limitaciones sobre la condicion y existencia del capital; mientras que aplicadas directamente al trabajo, llevarian consigo servidumbre y tiranía, paralización y miseria.

— «¿Porqué?» — Ya lo hemos dicho, Señores; ya lo hemos, bajo todas las formas, repetido. El trabajo es el hombre; organizar el trabajo es organizar la vida; es suprimir al individuo; es quitarle su iniciativa; es substituirse á su conciencia; es inutilizar su moralidad; es contraer la obligacion de proveer á su subsistencia; es absorber su libertad en la vida colectiva; es el despotismo, con toda su dureza; la servidumbre, con toda su degradacion. Es á un tiempo la opresion social, la esclavitud privada y la tiranía política. Es el socialismo absorbente de las sociedades antiguas; la condicion degenerada y parálitica de los imperios asiáticos; la organizacion misérrima y precária de las clases ínfimas y menesterosas en todos los pueblos, y en todas las épocas de barbarie.

El capital, empero, no tiene esta naturaleza, Señores. El capital no es accion, es resultado; no es produccion, es producto; no es solamente, con frecuencia, creacion de un individuo; es la agregacion de los esfuerzos y de la vida de muchos. Las leyes del poder sobre el capital, — como las del matrimonio y de la patria potestad, — nunca pueden ser otra cosa que la designacion de un límite, dentro de cuyo círculo queda una esfera de eleccion, y una atmósfera de albedrío. Las limitaciones de

su uso no llegan fatal y necesariamente á atajar el desarrollo y la espontaneidad del trabajo creador y fecundante. La sociedad no tiene á su cargo la subsistencia individual, desde que la general está asegurada. Y aunque las instituciones políticas lleven hasta sus últimos términos la division ó el estancamiento de los capitales, el trabajo libre y espontáneo nunca puede temer tanto del monopolio oligárquico, que le explote, como del despotismo unitario organizador que le esclavice.

Si alguna vez llega la preponderancia del poder á una inmovilidad exagerada del capital, como la que hay material y física en el terreno, toda vez que sean libres los brazos que le cultiven, se llegará á la equidad, y á la justicia, y á la abundancia en la reparticion de sus productos. Los males y miserias que la Historia y la filosofía modernas han señalado en las épocas y en los países donde los capitales han estado más sujetos y regularizados por el poder, yo no los he encontrado, Señores, sinó cuando á la par de estas instituciones, existían otras, reguladoras y disciplinarias del trabajo mismo, y comprensivas de la libertad individual y de la concurrencia.

No consistía la servidumbre de la Edad media en la limitacion feudal de la propiedad y en el monopolio de la tierra, sinó en el vasallaje del colono, y en la condicion esclava del misero bracero. La oligarquía política, creada por el monopolio del terreno, no impidió que al lado de las grandes baronías y heredamientos, se alzase el estado llano, en brazos de la industria libre y del trabajo emancipado. Pero cuando la autoridad política quiso convertir tambien en monopolio y feudalismo lo que al principio fué asociacion fraternal de trabajo; cuando el espíritu primitivo de las maestranzas, gremios y compañías de

industria se convirtió en organizacion disciplinaria y reglamentada del trabajo mismo; y cuando la autoridad y el poder quisieron encadenar á sus leyes la actividad de la produccion, el interés y la vocacion del trabajador, y la iniciativa del pensamiento inventor ó progresivo; entónces sí que hubo miseria, y tiranía, y lucha, y conflicto de clases, y pugna espantosa de pasiones é intereses. Entónces sobrevino la revolucion social y política del siglo pasado, para restituir al trabajo la libertad perdida, y renovar sólo con esto la paz de la Europa, aun en aquellos países donde quedaron en todo su vigor las instituciones de oligarquía y monopolio, que sólo á la propiedad concreta y capitalizada alcanzaron.

Entre la Inglaterra, donde quedaron en pié hasta los tiempos presentes, la vinculacion de la tierra y los derechos de primogenitura, y la Francia, donde nada queda del antiguo edificio de sus instituciones feudales, ved, sin embargo, la notable diferencia entre ambas industrias y entre ambas civilizaciones. Yo bien sé que median para esta distincion causas morales más altas que los principios y los fenómenos económicos; pero moral es, — no lo dudeis, Señores, — moral es tambien, y de un orden más elevado de lo que económicamente estais acostumbrados á considerar, la diferencia que existe entre las instituciones protectoras de la libertad del trabajo y de la libertad del pensamiento, que forman la base de las instituciones sociales de la nacion británica; y entre el espíritu de ese otro país, que en esas aspiraciones de libertad omnimoda, que las más de las veces sólo han servido para remachar la opresion de sus vecinos, no ha sabido salir del régimen reglamentario, represivo, centralizador y socialista, que inició Colbert bajo la monarquía, y cuyo último

representante era Luis Blanc bajo la República, como lo habían sido Robespierre con la guillotina y el terror, Bonaparte con el sable y con la gloria.

Yo no desconozco, Señores, los inconvenientes y extremos de postracion y miseria á que puede conducir la concentracion excesiva del capital; pero reparad tambien en los medios que tienen sus poseedores para atajar las demasías de la autoridad invasora, ántes de llegar á los términos de aquella centralizacion total, que sería el señorío absoluto. Por eso hemos visto á las aristocrácias poderosas poner frenos al mismo poder despótico, que había subyugado á las muchedumbres trabajadoras. Por eso hemos visto á clases nobiliarias, las más duras y opresoras, iniciar en toda Europa la emancipacion política de los pueblos, y alzarse las primeras contra la absorcion despótica del poder de los Gobiernos. Por eso, donde el poder fué bastante omnímodo para confundir, bajo una misma disciplina, y abarcar en una misma servidumbre, al capital y al trabajo, no se puede decir que faltó el esfuerzo de oposicion y el instinto de grandeza á las clases capitalistas y opulentas. Fué que perecieron de esterilidad y de consuncion los capitales bajo la servidumbre opresora y acerina del trabajo, que debía darles vida, y multiplicar su existencia.

### III.

Hé aquí, Señores, cómo no es tan antisocial ni tan antipopular la existencia del capital, como los socialistas han querido sustentar. Hé aquí cómo su limitacion y su tutela por parte de la sociedad, no tiene los inconvenientes